

varios heridos fueron lanzados á un foso, enterrados vivos, sin que sus lamentos partiesen el corazón de aquellas fieras como si hubieran vuelto los tiempos horribles de los enterramientos y de los sacrificios asiáticos.

La batalla en el día veinticuatro continuó con la misma pujanza. A las nueve de la mañana el colosal edificio de la Bolsa estaba en manos de las tropas del gobierno, y con este edificio el núcleo de todos los ataques. En cuanto las tropas entran en ciertas calles y libertan ciertos distritos, las banderas tricolores ornán todas las ventanas, los retratos de Thiers aparecen por todos los escaparates, los devotos al gobierno llenan todos los cafés, el regocijo se pinta en todos los semblantes; mientras allá, por otros barrios, truená el cañón, chisporrotea el incendio, caen los edificios, mueren los combatientes á millares, se asfixian hasta los que huyen de aquellos espectáculos de horror por el humo espesísimo penetrando en todas las habitaciones y envolviéndolas como en negros sudarios, como bajo paños mortuorios.

Mas á medida que avanza el ejército, crece la resistencia. El jueves, el día veinticinco, parecían los comuneros, ó locos furiosos, ó héroes sublimes. Ya no peleaban por la victoria, ni siquiera por la vida. Diríase, al contrario, que peleaban por la muerte. Las vías férreas de Lyon, los viaductos que conducen á Vincennes sirven de teatro á encuentros sangrientos, y á decisivas victorias del ejército. La plaza de la Bastilla se convierte un poco más tarde que los ferrocarriles en campo de batalla. Aquel inmenso espacio está consagrado por los recuerdos de la libertad. Parecía que debiera ser inviolable á cuantos aman la República. Allí se levantaban los negros torreones, con cuya demolición comienza la Era santa de nuestra emancipación. Al caer sus piedras, al desvanecerse sus sombras, parece que se rompió la dilatada cadena de las castas y que se horró de nuestra frente de siervos la negra

sombra del clavo vil de la servidumbre. Donde antes se elevaba el foso, el puente levadizo, la torre del homenaje, el calabozo como un sepulcro de vivientes, la alta horca como una injuria á los cielos, hoy se eleva la columna consagrada á las revoluciones, y sobre su chapitel la áurea imagen del ángel de la libertad que parece dorarse en las áureas ondas del divino éther. Y ahora, en este momento, los salvados por la misma idea, los redimidos en el mismo día, los hijos de los siervos allí enterrados, los atormentados en sus antecesores por los reyes, desgarrándose como fieras, olvidados de su comun origen, y de sus comunes destinos. ¡Cuántos heridos, cuántos muertos al pié de la columna de Julio!

¡Qué mañana la del veinticinco! Apenas puede la luz penetrar á través de los nubarrones como si el cielo quisiera velarse para no contemplar el horrible espectáculo; las nubes se precipitan sobre la ciudad como en los días más tristes de Noviembre y el humo forma otra niebla no ménos sombría, como si la muerte hubiera llegado hasta la naturaleza en la estación de su alegría y de sus amores; por la línea del Temple corren los soldados despidiendo de sus manos las encendidas tormentas y dejando á su paso filas de muertos, ó de moribundos que en las supremas ansias de la agonía se retuercen; la batalla se generaliza por todo el Este de París, mezclándose la lluvia de proyectiles con la lluvia de las nubes, como las lágrimas con los sollozos; las casas se arruinan; las víctimas se multiplican; un hedor de carne humana tostada se percibe; los bárbaros enemigos entran en las casas, se aplastan unos á otros en las escaleras, se matan en las salas, se arrojan por las ventanas, y se estrelan contra los adoquines; los de natural tímido, ó los resignados á lamentar tantos horrores, se encierran en las cuevas, creyendo sin duda, como creían los pompeyanos sorprendidos por las erupciones del Vesubio,

que el sol se caía de su centro y que se desquiciaba el planeta.

Tres momentos cierran allá en la última hora de esta ciclópea tragedia tantas indescribibles escenas como su último desenlace. Los tres pasan al Este de París. Es el uno el combate del barrio de la Villette. Es el otro el combate del cerro de Chaumont. Es el otro el combate en el cementerio del Padre Lachaise. La Villette perteneció siempre á la más exaltada demagogia. Allí nació bajo el Imperio, la insurrección que capitaneara Flourens; allí, al comienzo de la guerra, se fraguó y se intentó el asalto á la prevención de los bomberos; allí se condensaron todas las iras contra el Gobierno de la defensa nacional; allí se decidió la insurrección del diez y ocho de Marzo; allí se proclamó verdaderamente la Comunidad revolucionaria; y sus habitantes, exaltados de cólera por la seguridad de la derrota, y como intentando un suicidio en masa, preferían á la vergüenza de entrar maniatados en Versalles, sepultarse bajo los humeantes escombros de su barrio, trasmitiendo eterno odio á las venideras generaciones, y trazándoles sobre las piedras calcinadas, y con caracteres de sangre, el testamento de su venganza.

Otro de los últimos refugios de la insurrección, fué el cerro de Chaumont. ¿Quién lo ha visto en los días de paz? De una colina, habitáculo propio sólo para gentes perdidas, sacó el trabajo un paraíso, como el escultor saca de informe mole, animada estatua. Césped mullido, flores olientes, alamedas deliciosas, lagos celestes, tortuosa ría con helvéticas orillas, grutas compuestas de estalactitas multiformes, cascadas desprendidas de inmensas alturas en lluvias de diamantes, puentes de hierro á prodigiosa altura; vistas inacabables de todo París y sus encantadoras cercanías; al pié grutas hechiceras, á la cima el templo de la Sibila; y entre tantas obras del arte y de la naturaleza, los combatientes se buscan, como los cazadores á sus presas;

se encuentran con el furor de dos toros ó dos leones en celo; se hieren ciegos y se matan crueles, desprendiéndose en horribles racimos al filo del arma blanca, á los tiros de los fusiles y los cañones, por aquellos desfiladeros, en los profundos abismos. Algunos infelices comuneros, huyendo de muerte cierta, se refugian por las canteras cercanas, en cuyas entrañas el esfuerzo de muchas generaciones, abriera galerías sin luz, casi casi sin aire. Fácil entrar, difícil salir de aquel inmenso laberinto. Pero en su carrera, en su fuga, se alejan creyéndose más cerca de la vida cuanto más se acercan realmente á la muerte. El frío los penetra. El terror que se desprende de la oscuridad, los asalta. Quieren volver y no encuentran el camino. Quieren llamar y nadie les responde. Por evitar la furia de los vivos, se han bajado á las regiones de los muertos. Al ménos allá arriba morían á la luz, al aire libre, sobre los campos, de un golpe, de un tiro; aquí mueren lentamente, fríos y rígidos antes de ser cadáveres, enterrados por sí mismos, pudiendo llamarse sus propios verdugos y sus propios sepultureros. El hambre y la sed los sobrecoge pronto y se unen al terror y á la desesperación. Infierno mudo, infierno solitario, infierno frío, donde sólo corre el aire necesario para poder contemplar por algun tiempo la ausencia de la vida. ¡Oh, cómo envidian aquellos que sobre sus cabezas pelean y mueren matando! Por fin la agonía, la lenta agonía del hambre llega, y con ella los gritos de dolor, los apóstrofes de desesperación, los llamamientos inútiles á la humana y á la divina misericordia, el desprenderse de los cuerpos sobre las piedras, el agarrarse al más próximo como los naufragos, el resuello de los últimos instantes, el suspiro de la muerte. Imaginaos los últimos sobrevivientes, chupándose las venas quizá en busca de algun líquido con que contrastar su sed; mordiendo quizá en la carne podrida de sus compañeros muertos; condenados por la naturaleza á vivir más tiempo para padecer más. Y lue-

go decimos que en esta edad nuestra se ha apagado, se ha extinguido el informe infierno de la Edad Media. Ninguno de los asilados allí volvió á ver jamás la luz del día. ¡Cuántos y cuán espantosos horrores!

Pero aun quedaba el cementerio del Padre Lachaise ocupado todo él por comuneros y asaltado por las tropas. Es casi una montaña de ágras cuevas. Los soldados tienen que subir aquellos repechos á cuerpo descubierto. Sus enemigos se parapetan tras las tumbas, naturales fortalezas, y disparan con mayor seguridad y más certeramente. Los tristes sauces, las alamedas de cipreses, las calles de tumbas, los altos monumentos fúnebres, las estatuas que rezan ó que lloran, el reló de arena y el buho y la antorcha hácia abajo, todos aquellos signos de la destrucción de nuestra especie, concuerdan con la terrible batalla. Los muertos están bien muertos, cuando no se despiertan al estruendo de las maldiciones, al tronar de las baterías, al terremoto que producen los sangrientos y múltiples encuentros de aquellos dos ejércitos en lucha, que han prometido con sendos juramentos exterminarse. Cualquiera diría que los comuneros citaban allí á sus contrarios para reproducir la escena de los hijos de Edipo, para en gigantesca guerra aniquilarse unos y otros, hundirse todos, encontrando la sepultura al lado de la muerte. Dos días duró aquel combate, dos días con una terrible oscura noche, en que se persiguieron entre las sombras, se mataron sin

distinguir si herían al amigo ó al enemigo, iluminados por el siniestro resplandor de los fogonazos. Evocad los géneos más trágicos de la historia, los que han creado el tormento de Prometeo, la ambición de Macbeth, la furia de Segismundo, las venganzas de Medea, el hambre de Ugolino, los cuerpos de los condenados en el juicio final de la Sixtina, y ninguno ideará escenas como estas, cuyas huellas aun se ven recientes en la triste realidad.

¿Quién tiene ánimos para más? ¿Quién puede evocar las matanzas del Panteón y de otros sitios no ménos lúgubres? Imposible. Al contar los antecedentes horrores hemos sentido reproducirse en nuestros nervios los chasquidos de aquella tempestad y aglomerarse á nuestro corazón la sangre vertida en aquella carnicería. El historiador no tiene valor para juzgar y ménos para maldecir. Siete mil soldados han muerto; catorce mil comuneros. Delante de estos sacrificios de la vida, delante de estos misterios de la muerte, el ánimo se recoge en sí mismo, y admira á los que han acertado á perecer por el cumplimiento de sus deberes ó en holocausto á sus ideas. Todo lo lava, todo lo redime, todo lo enaltece el martirio. No supieron fundar cosa alguna, es verdad, pero supieron morir. La historia sólo siente que se vertiera tanta sangre en las aras de una idea estéril, de una idea infecunda, de un sueño que creó la demagogia como para devorar con esa terrible solitaria las entrañas de la democracia.

CAPITULO CXI.

LOS INCENDIOS.

A los horrores de las matanzas uniéronse los horrores de los incendios. Era el miércoles veinticuatro de Mayo de mil ochocientos setenta y uno. Las tropas del gobierno tomaban posesión del edificio de la Bolsa. Sonreían las gentes como libres de enorme paso; gallardeaban al viento primaverales innumerables banderas tricolores; oíanse gritos de júbilo mezclados con acordes de música; cuando, de pronto, retiembla el suelo, oscurecen los aires, columnas gigantes de humo suben á las alturas despidiendo de sus senos siniestros relámpagos, como si súbita inesperada tormenta hubiera caído sobre la ciudad en guerra. A seguida, con la celeridad que arde largo rastro de pólvora, dícese unas á otras las gentes que las Tullerías vuelan, que París arde, que llueve petróleo incandescente, que se abren las letrinas henchidas de pólvora para derribar por el suelo abierto en simas, derruidos y calcinados, todas las casas con todos los monumentos. Un grito de rabia, de furor, de cólera se escapa de todos los pechos. Nada de cuartel, gritan las

ciegas muchedumbres del centro contra las ciegas muchedumbres de los extremos. Y en efecto, los prisioneros inermes caen muertos de cuatro tiros sin formación de causa á la terrible hora en que estallan los incendios.

Muchas personas sabían de antemano que aguardaba á la ciudad, probada por tantos dolores, nueva é irreparable catástrofe. Para evitarlo no había más que un medio; ocupar instantáneamente todo París; entrar por todas las puertas á un tiempo; deslizarse de sorpresa en sorpresa por las calles; no detenerse ni un minuto en esta carrera de audacia; penetrar por cualquier medio y á costa de cualquier sacrificio en el corazón de la población; subir á las alturas; y bajar á las alcantarillas; agruparse en torno de los grandes edificios, salvándolos del incendio. Esto no era un sueño puesto que en la noche del domingo, con ménos precauciones y más audacia, pudieron haber llegado hasta el centro y haber impedido la terrible demencia que se subió á la cabeza de los comuneros